

idea de que hubiese un sólo hombre, uno tan sólo, que, por igual causa, pudiera mofarse de mí. Por eso no hago el papel de tonto sino de aprovechado.

—Pero englobas a las mujeres en tu afirmación, sin exceptuar...

—Sí, es cierto, bien lo he pensado. Abrigo la convicción de que por rarísima casualidad se podría dar con una inocente y fiel; y de que no seré yo el afortunado, jamás.

—Hombre, en nuestra sociedad conozco hogares honrados, y niñas candorosas...

—Que de puro sencillas e ignorantes, se dejan besar en la boca a la menor insinuación de su novio. Si fuese fácil comprobarlo te retaría a que me desmintieras. Tú me pareces timorato; pues bien, registra tu memoria.

Luis y su compañero, el silencioso, se estremecieron imperceptiblemente, sufriendo de verdad. Y el calladón dijo:

—Puede ser, la audacia y el ardor de los muchachos los impulsa a ello, pero no creo que muchas señoritas se dejen besar en la boca; es posible que en la mano, en un brazo... Conozco más de cuatro que parecen cerriles o gatitas bravas cuando los tenorios perfumados o los hombres que sólo aprovechan, según tu expresión, quieren abusar...

—¡Más de cuatro! Afuera esos nombres, que te deben retozar en la punta de la lengua. ¡Gatitas bravas! Sí, cuando les repugna el que se les acerca; pero que les llame la atención, que les toque un poquitito el amor, y ya están echadas y roncando de gusto.

Luis, mortificado con la discusión de los besos, que tan de cerca le daba, añadió a la tesis de su aliado:

—No lo creo. Conozco algunas enamoradas que no se dejan tocar la punta del zapato ni las yemas de los dedos.

—¡Hombre! ¡qué niño eres! Eso es táctica. Si se les arrima un hombre celoso, que hace alarde de amar la pureza, y lo quieren cautivar, se fingen gatitas que arañan. Pero ya vengán a un baile, o un paseo, y me dirás

si no hay apretones deliciosos, y flojeidad de miembros aperezados, cabezas que se recuestan dulcemente en tu hombro. ¡Vaya, vaya, qué inocentes se fingen ustedes...! Aquí hay una muchacha que ustedes conocen, Wendolin. Ya ven ustedes que es bonita realmente, de buena familia y bien criada. ¿Conviene en eso? Pues oigan lo que me pasó, y juzguen; yo la cortejaba empeñosamente, y me correspondía. Tras ella me iba en la calle, seguía la con ansiedad, estaba de plantón en la esquina y hablábale a menudo en la ventana; ella siempre muy discreta. Una noche dieron un baile en su casa, al que fui invitado. Un baile magnífico, de etiqueta. Como ustedes se lo figurarán yo traté de bailar muchas piezas con ella, y el asunto caminaba bien. En lo mejor del baile cometí la torpeza de pedirle un beso, porque les aseguro que me tenía fuera de mí. Se negó semi-ofendida; le dije que se lo daría; me contestó que no bailaba más conmigo y que inmediatamente la sentase; insistió, y contra mi gusto cedí a la insistencia. No bailé con otra. Pero ella comenzó en coqueteos con su pareja, y me dí a todos los diablos. Cuando salió a bailar por segunda vez con un jovencito, le rogué humildemente me cediese la pieza que seguía, que bailáramos de nuevo, y tanto le rogué, que satisfizo mi ansiedad, pero advirtiéndome tuviera cuidado con la amenaza, porque me costaría caro el robo. Crean ustedes que eso me alentó. Noté que ella bailaba con más entusiasmo conmigo, y en una de las vueltas de un vals a dos tiempos, al pasar cerca de la puerta de un corredor semi-oscuro, fascinado, enloquecido, estreché con ardor su cintura, y recatándome de la gente le planté un beso en los labios húmedos y rojos que perfumaban a gloria. Yo que lo hago, y ella, que debió estar prevenida, como un rayo me pegó el abanico en los míos, con tal fuerza, que me hizo ver chispas y me rompió. Por supuesto, soltó mi brazo y no sé por dónde huyó del salón. Rápidamente me llevé el pañuelo a los labios